

sados (20 de mayo) suscribieron el «Acta de Santa Cruz» con el fin de institucionalizar definitivamente al nuevo subgrupo. Sin embargo, hay que señalar que estos nuevos intentos tienen pocas posibilidades de concretarse. En efecto, ya se observa la existencia de desavenencias dentro de ambos bloques, formados más en base

a identidades políticas (reformismo democrático en el bloque Andino y gobiernos fuertes y conservadores en los países de la Cuenca del Plata) que a auténticas posibilidades económicas. En estas condiciones, las contradicciones se acentúan y los progresos hacia la integración son, como era de esperar, simplemente verbales.

LA EVOLUCION, SEGUN SCHAFFNER

Los simios pueden salvarnos

«A la velocidad que vamos no podemos llegar más que a una autodestrucción pura y simple. En el "Bulletin of Atomic Scientists", una publicación muy seria, los científicos han calculado que las oportunidades de supervivencia total de la tierra son actualmente de doscientas contra una. Pero en veinte años, esas oportunidades no serán más que de diez contra una. Pienso que nadie, y menos aún un escritor, puede ignorar esto. Personalmente, no afirmo que la catástrofe va a producirse, sino que podría llegar. Todo escritor debe revelar la verdad, tal como la concibe». Estas palabras de Rod Serling, uno de los dos guionistas de «El planeta de los simios», sitúan con bastante precisión el clima moral, filosófico y crítico en que se desenvuelve la acción de la película. Por supuesto que «El planeta de los simios» es una obra de ciencia-ficción, pero tal encasillamiento no puede servir de coartada —como algún crí-

na, continuamente humillada por la raza dominadora. Resulta que el mono desciende del hombre: el hombre se encuentra en el último eslabón de esa escala evolucionista que ha generado, como resumen del progreso de la historia, el simio, «rey de la creación». Asistimos a un espectáculo alucinante, en el que todo está traspuesto. Los simios se han constituido socialmente de una forma muy similar a la de la raza humana en la tierra. También existe quien utiliza el poder para frenar el desarrollo del progreso. Superando la monstruosa contradicción, Taylor advierte que es difícil luchar contra un sistema que, según su experiencia «terrestre», está dispuesto a hacerle enmudecer. Sin embargo, hacia el final de la película comprendemos que los simios responsables quizá están tratando de evitar lo que una hipotética civilización humana ha destruido conscientemente... Y el plano final, uno



El tribunal de simios juzga al hombre.

tico ha pretendido— para estimar que se trata de un film intrascendente y de «evasión»: pocas películas ha producido el cine americano más «comprometidas» que «El planeta de los simios». Participa de la ciencia-ficción —del noble, honesto y desconocido género— en la misma medida que el excelente film de Kubrick, «Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú»: es decir, en la medida que es una aguda reflexión sobre el terror nuclear a partir de una historia aparentemente «imposible».

Pero conformarse con decir que «El planeta de los simios» es una parábola contra la amenaza atómica es minimizar su vasto contenido. El film de Franklin J. Schaffner —un nombre a tener muy en cuenta— es inquietantemente ambiguo y desesperanzador. Durante todo el curso de la narración asistimos a los esfuerzos de Taylor —Charlton Heston—, un hombre, un astronauta perdido en un extraño y desconocido planeta habitado por simios, para afirmar su dignidad huma-

na, continuamente humillada por la raza dominadora. Resulta que el mono desciende del hombre: el hombre se encuentra en el último eslabón de esa escala evolucionista que ha generado, como resumen del progreso de la historia, el simio, «rey de la creación».

Existen antecedentes literarios ilustres en la temática de este film. Desde «Antes de Adán», de Jack London, hasta «Guerra con las salamandras», de Karel Capek, hay toda una serie de libros que se interrogan sobre la existencia de civilizaciones paralelas a la humana, civilizaciones «mejores», que no han fundado su vigencia a partir de la guerra y la violencia. Quizá el libro más lúcido y original, dentro de esta tendencia, sea «Ciudad», la extraordinaria novela de Clifford D. Simak, en la que se ha inspirado directamente Pierre Boulle, el autor de la novela que ha originado «El planeta de los simios». Simak sostiene la tesis de que la civilización humana se ha desarrollado a impulsos de conceptos de guerra y destrucción («¿Han olvidado —escribe— aquellos años entre 1950 y 1970? ¿Han



—¿Qué quieres que te diga, John! Pues por abajo todo sigue igual... ¡Como siempre!...